PRESEN-



EFICAZ INSTRUMENTO

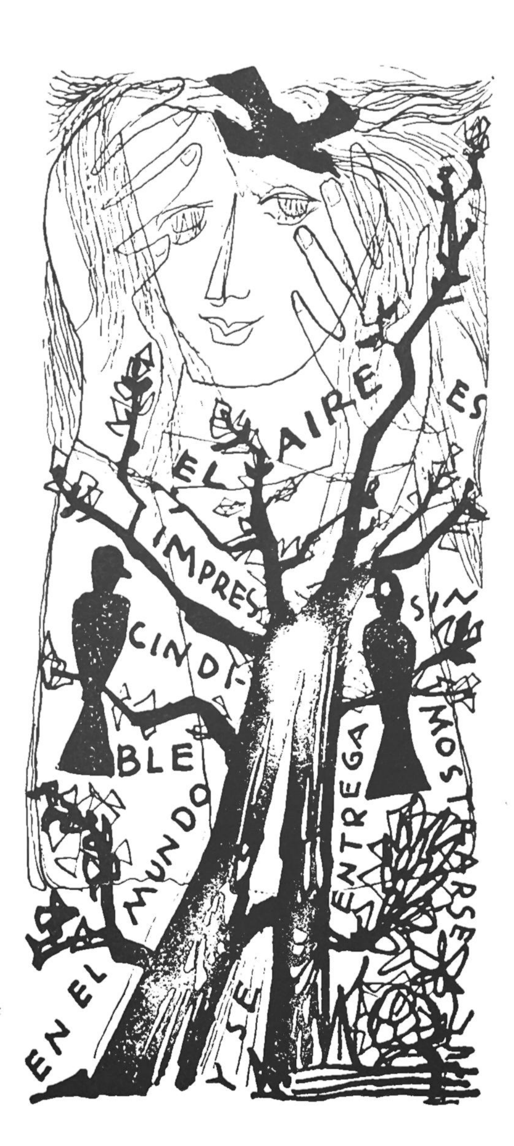
El comunismo está intensificando su actuación en los países iberoamericanos a base de la instrumentalización de los grupos nacionalistas "cerrados". Ello surge de los recientes hechos de sangre registrados en Puerto Rico y surge asimismo del carácter del *pathos* con que se agitan estos núcleos aún en medios por ahora tranquilos como el nuestro. En un momento de tan grave tensión internacional nada más oportuno puede ambicionar el comunismo soviético que promover el odio contra los Estados Unidos. Era fácil descontar que habría de intentarlo, aunque quizás no hubiera sido previsible que lo lograra tan fácilmente. Porque si bien es grande la necedad humana podría creerse que grupos minoritarios que se consideran suficientemente cultos fueran también cautos para no dejarse manejar por la astucia comunista. Pero los hechos dicen otra cosa.

Nosotros creemos que hoy los grupos nacionalistas más movedizos de nuestro país están instrumentalizados por el comunismo. No decimos que sean comunistas. Decimos que en sus movimientos autónomos, y, sin percatarse de ello, se conducen, bajo una sutil dirección del comunismo, como los comunistas quieren. Para ello no necesitan éstos sino dar cuerda en cada país iberoamericano a algunos elementos nacionalistas, sobre todo la cuerda tan hipersensible del resentimiento, y les basta asimismo sincronizar el funcionamiento de los grupos de un país con los del otro, para obtener una acción ruidosa que paralice el esfuerzo bélico de Occidente.

De esta suerte, elementos nacionalistas que con toda sinceridad se consideran enemigos del comunismo le prestan apoyo insubstituíble y eficaz. Y se da la paradoja de que un movimiento que no ha demostrado eficacia para lograr sus objetivos propios, la tiene, y muy grande, para coadyuvar a los propósitos de su astuto enemigo.

En rigor, el dinamismo social exige que un nacionalismo que, a pesar de sus protestas, no sabe abrirse a la Cristiandad, acabe por caer, aunque no le agrade, al servicio de la anti-cristiandad.

PRESENCIA



LAS DOS ARGENTINAS

Se ha suscitado una polémica sorda pero viva acerca de la Argentina que quieren los argentinos. Hace apenas unos días, *La Nación*, 10.XI.50, contraponía "la más ilustre tradición argentina, aquella que es expresión de los progresos realizados por la patria en todos los órdenes, así materiales como espirituales", la Argentina encarnada "en Rivadavia, en Mitre, en Sarmiento, en Alberdi, en Urquiza y otras figuras del pasado que tanta saña despiertan en nocturnos embadurnadores de estatuas"; y la otra Argentina, la que éstos añoran, la Argentina de "la carreta, la pampa sin alambrar y sin molinos de viento, el ganado sin mestizar, el saladero, el rancho del gaucho en la extensión desierta batida por el indio bravío, no reducido".

La contraposición resulta de un simplismo tendencioso a efectos de una fácil victoria que obtendrían los hombres de *La Nación* sobre esos ciudadanos telúricos que "aspiran a un patriarcado ejercido con mano dura y corazón criollo por una especie de patrón de estancia que a nadie haga faltar, dentro de la sumisión temerosa y muda, el pan y el asado".

Por su parte, en el Nº 13 de la *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, el P. Hernán Benítez escribe con el título *La Argentina de ayer y de hoy*, un ensayo, que sirve de introducción a "América" de F. Carnelutti, y en el cual contrapone la Argentina de ayer, aquella del "argentino a la defensiva y engrupido y guarango y pucherista" que provocó las feroces páginas de Ortega y Gasset en *El Espectador*, la Argentina "de la vieja patriarcalidad o carcamalidad" (pág. 41), la de los patriarcas que lucían los más prestigiosos apellidos, y cuyas "hermosas hijas figuraban cada día en las crónicas sociales, estaban registradas en las *guías azules*, se fotografiaban en las revistas de gran mundo, y se casaban con ceremonias pomposas, las que hacían temblar en sus cimientos las economías patriarcales" (pág. 37) y la otra Argentina, la de hoy, "la nueva Ar-

AÑO II - Nº. XLI



gentina", la del "justicialismo peronista", la de "la revolución más profunda de cuantas se han realizado desde la independencia hasta ahora en nuestro país, y acaso no sea exagerado decir en América" (pág. 52), la de "los gremios, firmemente organizados y trabados entre sí mediante la Confederación General del Trabajo", gremios que "han formado la verdadera columna vertebral que mantiene de pie al país, arrogante y garboso, cantando a todo pulmón su triple libertad: social, política y económica" (*ibid.*), la Argentina, "de hoy, la que anhelamos eterna", que "ha brotado de las doctrinas del Evangelio". (pág. 53).

La Argentina de *La Nación* coincide con la del P. Benítez en una sola cosa: en abominar de los patriarcas: aquélla de Perón y ésta de los patriarcas de la oligarquía. Nosotros no vamos a entrar en una disquisición sobre la "abominabilidad" de los patriarcas. Lo único que nos parece abominable es este sectarismo maniqueo de uno y otro bando. Porque *La Nación* y los suyos han practicado, los primeros, el revisionismo histórico al no discernir el procerato sino a los de una corriente espiritual bien definida, a los iluministas de la libertad "liberal", y han proscripto la auténtica y jugosa tradición hispana de nuestra historia, aquélla que constituye su más profunda base y que imprime un sello de distinción aún en aquellas familias "oligárquicas", en las que, muchas veces, el liberalismo es lo superficial y postizo, y, en cambio, el señorío y la hidalguía de vieja estirpe, su más sólida substancia. *La Nación*, apoyándose en el indudable progreso técnico que se ha operado en el nuestro como en todos los pueblos durante el último siglo, pretende identificar con el laicismo, el liberalismo y el capitalismo, la causa misma de la civilización y de la cultura. Pero debería explicar entonces cómo nuestro pueblo educado durante noventa años, y en forma crudamente exclusiva, por esa tradición de sus venerables patriarcas, cae ahora en esta otra Argentina, "abominable" para *La Nación*, pero que hincha de júbilo al P. Hernán Benítez. ¿Cómo, preguntamos, aquella educación "iluminista", identificada con los más genuinos jugos de la civilización, ha producido estos frutos a juicio de *La Nación* tan opacos y sombríos de los actuales días? Porque los hombres de hoy no han inmigrado a nuestras tierras desde algún extraño y alejado planeta. Si hay *continuidad* de generaciones, es menester explicar su *discontinuidad* de apreciaciones, sin caer en un infantil sectarismo que todo lo bueno lo adjudique a un bando y todo lo malo al otro. Si aquella Argentina de ayer era tan maravillosa, ¿por qué ha producido hijos tan tarados que resolvieron poner fin a tanta maravilla?

Todo fenómeno sociológico exige una explicación adecuada. El juego retórico puede desenvolverse con mayor efecto en una contraposición de esto contra aquello. Para ponderar una cosa, nada más fácil y expeditivo que execrar otra que nos parece contraria. El P. Benítez, que se cree en la obligación de expresar su alborozo por la Argentina de hoy, tiene que acumular todos los males en la Argentina de ayer. Pero si la Argentina de ayer era la del argentino engrupido, guarango y pucherista, ¿por qué arte de magia se ha transformado en la otra, antítesis de aquélla? Golpe de gran efecto han de producir párrafos como éste: "Porque la nueva Argentina, la de hoy, la que se abrió al asombro del sabio italiano es la antítesis de la Argentina de ayer, la que vió el filósofo español, la que todavía no se había nutrido con los jugos del justicialismo. Entre la de ayer y la de hoy ha mediado nada más y nada menos que una revolución (pág. 54). ¿Pero, cabe preguntarse, no es infantil adjudicar a un proceso que apenas ha cumplido un lustro poder para cambiar la pasta psicológica de un pueblo? ¿Qué elixir es éste del justicialismo que apenas *ingerido*, ejerce efectos instantáneos de nutrición y de radical transformación? ¿Acaso el engrupimiento, guaranguería y pucherismo serían atributos exclusivos de un grupo social?

El Peronismo y la Argentina

Ninguno de los dos contendientes se empeña en ocultar que en este debate está en juego la valoración del peronismo. El P. Benítez afirma que el justicialismo peronista ha creado una Argentina, asombro del mundo. *La Nación* sostiene que "estos soñadores de una Argentina distinta de la que encontraron no discrepan de la orientación política y administrativa del actual gobierno...". El debate es sumamente interesante. Y envuelve dos cuestiones: una, la de si se imponía una reforma profunda de nuestra vida institucional, y la otra, la de si el movimiento de reformas emprendido por el Gral. Perón respondió a las verdaderas exigencias del país.

El hecho de que la revolución peronista haya contado con el apoyo firme de grandes y selectos núcleos y de la masa de la población constituye la más decisiva demostración de que una reforma era necesaria. La revolución fué anunciada desde años atrás y era, evidentemente, impostergable, fuera cumplida desde arriba o desde abajo.

Lo que interesa destacar es que la revolución era necesaria precisamente por el carácter postizo que en el alma de la nacionalidad tenía aquella corriente de principios liberales que *La Nación*, sectariamente, identifica con la causa de la civilización y de la cultura. No. El laicismo, el liberalismo y el capitalismo no constituyen los jugos nutricios de aquella civilización que hizo grande a la Europa cristiana y que dió base firme a nuestros pueblos de Iberoamérica. Por el contrario, son éstos, gérmenes patógenos que se han introducido en aquel organismo y han ido consumiendo su substancia. Los embadurnadores de estatuas movidos de un primitivismo telúrico podrán engañarse, sin acertar a discernir contra qué peligro materializar su saña. Pero el hecho cierto es que la sociedad argentina, como todas las otras trabajadas por el moderno liberalismo, ya no funcionaba. El laicismo carcomía sus más profundos valores de humanidad; el liberalismo deshacía su fuerza de comunidad nacional; y el capitalismo abría una trinchera infranqueable entre el bando de unos pocos poseedores de todas las riquezas y el de otros muchos urgidos por todas las necesidades. Se imponía una reforma, un cambio, una revolución, si así quiere llamársela. Porque de otra suerte aquel laicismo había de terminar en el ateísmo, y el liberalismo en el totalitarismo y el capitalismo en el colectivismo. Aquella Argentina, social, comunitaria y cristiana en sus fundamentos, pero aquejada de la gangrena del liberalismo podía contraer una gangrena más grave y mortífera cual es el comunismo. Se imponía una reforma que volviera las instituciones argentinas al cauce natural de los valores de civilización en que fué educada la patria.

Aquí y sólo aquí estriba la espectación que despertó el Gral. Perón. Aquí y sólo aquí está la explicación del asco que suscitó aquella malhadada Unión Democrática, con aquel *pic-nic* tragicómico de la Plaza San Martín, en que merendaban fraternalmente las niñas de nuestra sociedad con anarquistas y comunistas. El General Perón tuvo el apoyo de muchos patriotas que entendían que la salud de la Argentina había de descansar en tres vértices: en uno, en que se agruparan las fuerzas espirituales encarnadas en la Iglesia; en otro, donde se reunieran las fuerzas armadas de la nación; y en un tercero, donde se aunaran las energías culturales, económicas y laboriosas de la civilidad.

Pudo creerse en algún momento que el General Perón intuía la imagen de esta Argentina comprensiva de la plenitud de valores. Una Argentina, en la cual la masa de los trabajadores del campo y de la ciudad, rescatados de su condición de parias, fueran incorporados de manera efectiva, como sujetos y no como meros objetos, a la responsabilidad de la producción nacional. Porque esto se esperaba, también en esto mereció apoyo el General Perón en su labor de la entonces Secretaría de Trabajo y Previsión. Porque si es cierto que nuestra masa trabajadora no conoció la miseria de países de economía pobre, como es el caso de Chile, también lo es que no tenía el aliento para llegar al elevado bienestar a que podía aspirar. Se imponía una obra de efectiva justicia social, que, sin arremeter contra los legítimos derechos de empresarios y propietarios, satisficiera las aspiraciones justas de las clases menos favorecidas. Una Argentina de integración de fuerzas, en que a la incorporación de los trabajadores al sector productivo del país, se sumara la integración de éste a las otras fuerzas representativas de la cultura y universidad y del ejército; y de todas estas, a su vez, a las fuerzas morales y espirituales de la nación. Una Argentina integrada, en que cada una de sus fuerzas particulares, sin perder su propia autonomía e impulso, cobrara además la fuerza que había de proporcionarle la coherencia de la unidad nacional. Esta Argentina integrada, en comunión con los pueblos hermanos de la común estirpe y cultura y con la vocación de un común destino, podía, sin engrupimiento y sin guaranguería, cooperar en la empresa común de restaurar los valores del Occidente cristiano. La Argentina, entrando en la madurez de su vida con la afirmación de los valores morales y espirituales, podía llenar una misión útil en la feliz convivencia de los pueblos.

Una integración al revés que lo desintegra todo.

¿Cumplió el General Perón con esta espectación que en él se había cifrado? ¿Dirigió sus esfuerzos para orientar el país hacia una Argentina, *social*, *nacional* y *cristiana* (Ver el editorial *Conversación con unos y con otros* del Nº 10), con cuyos caracteres corrigiera suave pero eficazmente las taras del capitalismo, liberalismo y laicismo que devoraban la substancia de la nacionalidad? Nuestra respuesta y sus fundamentos los hemos señalado repetidas veces. Perón empleó toda la fuerza, la inmensa fuerza del Estado, para levantar al primer plano de la vida nacional al descamisado, al proletario, al obrero organizado en los sindicatos estatales. Desde entonces, "las organizaciones sindicales argentinas y el gobierno argentino son una sola cosa" (Discurso de Perón, *C. G. T.* 21.IV.50). De esta suerte, se ha constituído una sociedad entre el núcleo primario del gobierno —al que no parece ser ajeno el P. Benítez— y la Confederación General del Trabajo. Esta sociedad obtiene el primer rango en el país y con todo el dinamismo de sus fuerzas trabaja para su acrecentamiento. El resto de actividades ocupa un lugar secundario, que es atendido en función de aquello primario y en la medida en que aquello lo permita.

Es cierto que el obrerismo que ha sido levantado al primer plano de la vida nacional, no se siente expresamente movido por ideologías de ninguna especie, ni liberal, ni comunista, ni cristiana. No busca sino un bienestar puramente vegetativo; que no le falte nada que se refiera a lo que en la jerga popular se entiende por "pasarla bien"; que tenga derecho a que se le asegure *una parte conveniente en el consumo nacional*. Lo demás no le interesa. No pide nada más ni nada menos. No le preocupa el problema de la productividad de las empresas en la economía nacional, ni la vida cultural, ni la política, ni la religiosa.

Pero este es un hecho demasiado grave. Porque, ¿qué ha de acaecer en la vida de un país, en el cual la preocupación primera y dominante la constituye el bienestar vegetativo de los obreros y don-

de, en cambio, todo lo demás no es tenido virtualmente en cuenta? Pues que ese país se disgrega. Se disgrega en sus cuadros económicos y en los cívicos, culturales, morales y religiosos. En ese país se ha de registrar un bajón en todos los órdenes.

Aquí está todo el problema, todo el error y todo el peligro. Porque una política que erige en primer valor de la nación el bienestar estomacal de la masa asalariada, no tiene en cuenta los valores religiosos y, si los invoca, será por razones de pura conveniencia externa. Para esta politica, tampoco cuentan las legítimas libertades públicas, la opinión de los núcleos minoritarios responsables, las actividades privadas, que multiplicándose en todos los órdenes de la vida, forman el patrimonio mismo de la grandeza nacional. Aquel liberalismo que carcomía la sociedad se trueca en un totalitarismo más peligroso todavía. Y como no es posible mantener en posición de privilegio a la masa asalariada que invoca el derecho a consumir sin la responsabilidad de producir, no queda otro recurso que someter a un ceñido colectivismo todo el esfuerzo de la economía nacional.

Si el laicismo, el liberalismo y el capitalismo constituían las lacras de la Argentina de ayer, el fariseísmo, el totalitarismo y el colectivismo constituyen las gangrenas de la Argentina de hoy. No vemos en qué funda el P. Benítez afirmaciones tan eufóricas y enfáticas como éstas: "La Nueva Argentina, la de hoy, la que anhelamos eterna, ha brotado de las doctrinas del Evangelio. Y no faltan puritanos y puritanas, lo sé muy bien, los cuales andan por allí buscándole pelillos y heterodoxias a nuestras agremiaciones. Son los eternos defensores de la letra que mata. Pareciera interesarles menos el tuétano del Evangelio que las rebabas de las Encíclicas".

Si el tuétano del Evangelio estuviera constituído por el resentimiento social tendrían razón todos los reformadores, a quienes no desagrada "el espíritu del Evangelio" sino el Evangelio interpretado por el magisterio vivo de la Cátedra Romana; pero ¿quién no sabe que la substancia del Evangelio abomina del fariseísmo, del totalitarismo y del colectivismo? ¿Y qué es esta contraposición del Evangelio a las encíclicas sino una nueva versión, en otras manos, de aquél "no vendamos el Evangelio por el catecismo"?

La Argentina de ayer tenía las tres lacras del capitalismo, del liberalismo y del laicismo; la de hoy tiene además otras tres, que son el colectivismo, el totalitarismo y el fariseísmo. Estas series de lacras no son tan antagónicas como imaginan el P. Benítez y *La Nación*. Porque la Argentina de ayer estaba enferma y porque no fué sometida al tratamiento adecuado, cayó en un estado más grave, originado por los males que ya llevaba en su cuerpo.

El problema crucial de la Argentina

El problema que ha de ocupar la atención de los argentinos responsables no es el de contraponer la Argentina de ayer a la Argentina de hoy, y mucho menos a unos argentinos contra otros. Si en algo cabe y es necesario un sano y juicioso relativismo es este de las apreciaciones sobre la conducta y los méritos de los hombres. Mucho más importante y necesario que esta tarea de erigir y derribar ídolos es señalar la ruta en que ha de encontrar la Argentina su restablecimiento saludable. Y para ello, lo urgente es hacerse a la convicción de que la Argentina, la de ayer y la de hoy, está gravemente enferma. Gravemente enferma con ese terrible mal que denuncia el actual Pontífice en su Mensaje de Navidad, cuando invita al mundo al retorno hacia Dios. "El mundo moderno, dice allí, de la misma manera que ha intentado sacudir el suave yugo de Dios, ha rechazado juntamente el orden por El establecido, y con la misma soberbia del ángel rebelde al comienzo de la creación, ha pretendido instituir otro a su arbitrio".

La Argentina no ha podido substraerse a ese proceso de disolución y de ruina. Mucho antes de su vida independiente, junto con la influencia civilizadora que recibió de España, contrajo también los males del iluminismo y del regalismo. Luego, en su vida soberana, estuvo sometida a todos los avatares de sistemas y de ensayos en que fué pródigo el siglo XIX y que perduran en el XX. También a nuestra Argentina le cuadran las palabras de Pío XII: "Después de casi dos siglos de tristes experiencias y extravíos, cuantos tienen todavía mente y corazón rectos, confiesan que semejantes disposiciones e imposiciones, que tienen nombre pero no substancia de orden, no han dado los resultados prometidos, ni responden a las naturales aspiraciones del hombre. Este fracaso se ha manifestado en un doble terreno: en el de las relaciones sociales y en el de las relaciones entre las naciones".

Y el Pontífice, en un párrafo que se podrá leer entero en otro lugar de esta misma entrega, se refiere al error liberal y al error colectivista, para formular esta premiosa invitación: "A los mantenedores de uno y otro sistema social, entrambos alejados y contrarios a los designios de Dios, suene persuasiva la invitación a volver a los principios naturales y cristianos que fundan la justicia efectiva en el respeto a las libertades legítimas; de manera que, con la igualdad de todos reconocida en la inviolabilidad de los derechos propios, se apague la inútil lucha que exaspera los ánimos en el odio fraterno".

A tarea, no de división sino de integración, nos invita el Pontífice abriendo el pecho a todo el aire de la verdad, la cual repudia por igual el error del liberalismo y el del colectivismo. Porque este es "el año del gran retorno de toda la humanidad a los designios de Dios".

Y aquí, en este retorno, a un orden *social, nacional y cristiano* está la salud de la Argentina, de la Argentina substancial y profunda que yace agobiada bajo aquellos males de ayer y bajo estos de hoy; males que, en definitiva, nacen de una misma y única soberbia de muerte.

PRESENCIA.

EL GRAN RETORNO

Para completar nuestro pensamiento sobre la salud de la Argentina de ayer y de hoy, reproducimos la parte del Radiomensaje de Navidad, en que Pío XII invita al mundo al gran retorno a los designios de Dios.

Sea finalmente este Jubileo el año del gran retorno de toda la humanidad a los designios de Dios.

El mundo moderno, de la misma manera que ha intentado sacudir el suave yugo de Dios, ha rechazado juntamente el orden por El establecido, y con la misma soberbia del ángel rebelde al comienzo de la creación, ha pretendido instituir otro a su arbitrio.

Después de casi dos siglos de tristes experiencias y extravíos, cuantos tienen todavía mente y corazón rectos, confiesan que semejantes disposiciones e imposiciones, que tienen nombre pero no sustancia de orden, no han dado los resultados prometidos, ni responden a las naturales aspiraciones del hombre. Este fracaso se ha manifestado en un doble terreno: en el de las relaciones sociales y en el de las relaciones entre las naciones.

En el campo social, el disfraz de los designios de Dios se ha llevado a cabo en la misma raíz, deformando la imagen divina del hombre. A su real fisonomía de criatura, que tiene origen y destino en Dios, se ha sustituído el falso retrato de un hombre autónomo en la conciencia, legislador incontrolable de sí mismo, irresponsable hacia sus semejantes y hacia el complejo social, sin otro destino fuera de la tierra, sin otro fin que el goce de los bienes finitos, sin otra norma que la del hecho consumado y de la satisfacción indisciplinada de sus concupiscencias.

De aquí ha nacido y se ha consolidado durante varios lustros en las más variadas aplicaciones de la vida pública y privada, aquel orden demasiado individualista, que ha caído hoy en grave crisis casi en todas partes. Pero nada mejor han aportado los innovadores sucesivos, los cuales, partiendo de las mismas equivocadas premisas y torciendo por otro camino, han conducido a consecuencias no menos funestas hasta a la total subversión del orden divino, al desprecio de la dignidad de la persona humana, a la negación de las libertades más sagradas y fundamentales, al predominio de una sola clase sobre las otras, al servicio de toda persona y cosa al Estado totalitario, a la legitimación de la violencia y al ateísmo militante.

A los mantenedores de uno y otro sistema social, entrambos alejados y contrarios a los designios de Dios, suene persuasiva la invitación a volver a los principios naturales y cristianos que fundan la justicia efectiva en el respeto a las libertades legítimas; de manera que, con la igualdad de todos reconocida en la inviolabilidad de los derechos propios, se apague la inútil lucha que exaspera los ánimos en el odio fraterno.

Pero además de estos deseos, que forman la constante solicitud de Nuestro deber apostólico, Nos dirigimos una paternal exhortación a aquellos que colocan toda su esperanza en las promesas de una doctrina y de unos jefes, que se profesan explícitamente materialistas y ateos.

Humillados y oprimidos, por muy triste que sea vuestra condición, quedando vivo en vosotros el derecho de reivindicar lo justo, y en los otros el deber de reconocéroslo, recordad que poseéis un alma inmortal y un destino trascendente.

No queráis cambiar los bienes celestiales y eternos con los caducos y temporales, especialmente en esta época en que por todas partes hombres honrados y providentes instituciones han acogido más eficazmente vuestro grito y comprendido vuestro drama, resueltos a guiaros por los caminos de la justicia.

Aquella fe y aquella esperanza que ponéis no pocas veces en hombres tan fáciles en el prometer cuanto seguros de no poder obtener aquella rápida solución de todos vuestros problemas, que hacen brillar delante de vuestros ojos —problemas de los que alguno es difícilmente soluble por la misma limitación de la naturaleza humana—, reservadlas, en primer lugar, a las promesas de Dios, que no miente.

Las legítimas preocupaciones que os asaltan por el pan de cada día y por una conveniente habitación —indispensables para vuestra vida y la de vuestras familias— haced que no choquen con vuestros destinos celestiales, que no os hagan olvidadizos o indiferentes para vuestra alma y para los tesoros imperecederos que Dios os ha confiado en las almas de vuestros hijos; que no os obscurezcan la visión ni os impidan la consecución de aquellos bienes eternos que serán vuestra felicidad perpetua y se concretan en el supremo valor para el que somos criados: Dios, nuestra felicidad. Solamente una sociedad iluminada por los dictámenes de la fe, respetuosa de los derechos de Dios, segura de la cuenta que sus jefes responsables deberán dar al Juez supremo en lo íntimo de su conciencia y en la presencia de los vivos y de los muertos; solamente una sociedad así sabrá reconocer e interpretar rectamente vuestras necesidades y vuestras justas aspiraciones, defender y propugnar vuestros derechos, guiaros sabiamente en el desempeño de vuestros deberes, según la jerarquía de los valores y la armonía de la convivencia doméstica y civil, establecidas por la naturaleza.

No olvidéis que sin Dios la prosperidad material es para quien no la posee una atormentadora herida; pero para quien la tiene, un halago mortal. Sin Dios, la cultura intelectual y estética es un río cegado en su manantial y en su desembocadura; se reduce a un pantano, se llena de arena y fango.

Esperamos, por fin, para este Año Santo el retorno de la sociedad internacional a los designios de Dios, según los cuales todos los pueblos, en la paz y no en la guerra, en la colaboración y no en el aislamiento, en la justicia y no en el egoísmo nacional, son destinados a formar la gran familia humana, dirigida a la común perfección, en la ayuda recíproca y en la justa distribución de los bienes, que son tesoro de Dios confiado a los hombres.

Amados hijos, si alguna vez os parece que hay ocasión propicia para exhortar a los dirigentes de los pueblos a pensamientos de paz, ésta del Año Santo Nos parece la más oportuna. Ella es y quiere significar también una poderosa llamada y juntamente una contribución a la fraternidad de las gentes.

A esta madre de los pueblos que es Roma confluirán innumerables grupos de peregrinos, diversos por la raza, por la nacionalidad, por la lengua, por las costumbres, por los sentimientos Y entre estos mismos muros convivirán, se encontrarán en las mismas calles, descansarán en las mismas casas, participarán en los mismos ritos, apagarán su sed en las mismas fuentes del espíritu, gozarán de los mismos consuelos, aquellos a quienes fué mandado sembrar la muerte y aquellos que sufrieron sus pavorosos efectos, aquel que invadió y aquel que se rindió, aquel que rodeó los campos de alambradas y aquel que padeció dura prisión. ¿No tenemos, pues, Nos razón para creer que estos millares y millares de Nuestros devotos hijos llegarán a ser la vanguardia fiel en la Cruzada de la paz, y que con Nuestra bendición llevarán consigo a su patria el pensamiento y la fuerza de la paz de Cristo, a fin de ganar allí nuevos soldados para un tan santa causa?

No quiera el Señor que esta "tregua de Dios", inspiradora profética de pacíficos consejos, sea turbada o violada por locos propósitos no sólo entre las naciones, sino entre las diversas clases de un mismo país. Aquella mano sacrílega se condenaría por sí misma a la justa ira de Dios y se atraería la indefectible execración de toda la humanidad.

Nos esperamos, pues, un gran retorno en este Año de gracias extraordinarias, grande por el número de los hijos a quienes reservamos el más afectuoso abrazo, grande por la lejanía de donde vendrán algunos de ellos, grande por las vastas y benéficas repercusiones que no dejarán de derivarse de él. A Nuestros hijos, a todos los hombres de buena voluntad, sea querido el propósito de no desilusionar las esperanzas del Padre común, que tiene los brazos alzados al cielo para que la nueva efusión de la misericordia divina sobre el mundo supere toda medida.



LA ETAPA SINCRETISTA

La paz religiosa reina en Occidente. Ya no se persigue a la Iglesia como otrora en Inglaterra, en Francia, en Méjico y en España. El Padre Santo es respetado hasta por los herejes, los socialistas y los paganos. Los masones ya no leen a Voltaire y ni siquiera recuerdan que existió Renán... He aquí una serie de hechos, hechos reales, que llenan de emoción y de regocijo a más de un católico ilusionado por la inminente restauración del orden cristiano.

Sería absurdo negar el auténtico valor de tales hechos, pero no conviene confundir las cosas, ni ilusionarse demasiado, que es la mejor manera de confundirlas. Aparte de su intrínseca fragilidad, no debe olvidarse que la paz religiosa, simplemente la Paz, tiene su remedo, su imagen invertida, y que el sincretismo imperante actualmente en Occidente bien podría ser esa imagen. Sobrada razón tenía Vladimiro Solovief cuando presentaba al Anticristo como el aparente y admirado protector de la Iglesia y de todos los valores cristianos sobrevivientes en las sectas.

Es verdad que los liberales, los socialistas y los ateos no perturban ya la tranquilidad de los templos con sus atropellos de otros tiempos, pero no lo es menos que al lado de la suave salmodia de la Iglesia el mundo deja oír demasiado la detestable monserga de sus errores y sus blasfemias. Es verdad que los políticos de hoy no se cohiben de penetrar a los santuarios y de asistir a las grandes conmemoraciones litúrgicas, pero no lo es menos que ello no les impide concurrir a las sinagogas y a las tenidas de las logias... Y sobre todo es verdad que esta paz es un precario armisticio, cuyo custodio, el Estado, el Estado calificado de paquidermo, suele tener interés en que no llegue a transformarse en la Paz de Cristo.

Más aún. El sincretismo es un engendro de la política estatista, y es nieto del liberalismo y tataranieto de cuantas aberraciones han combatido a la Iglesia de Dios. ¿La Religión? ¡Asunto privado! —se decía en el siglo pasado—. Con semejante pretexto se desalojaba a la Iglesia de la legislación y de la docencia, mientras el Estado quedaba dueño y señor de todo. Los políticos del siglo actual creen también que la religión sea cosa del individuo, mas como el individuo les parece también cosa del Estado, al fin de cuentas también la religión les resulta asunto de Estado... ¡Status sum et nihil mihi alienum puto!

Urge pues encontrar el punto de arranque, o, mejor dicho, fijarlo, ya que sucede con la historia como con las rutas, cuyo amojonamiento se efectúa de acuerdo con la índole de los vehículos que sobre ellas ruedan, de tal manera que los viajeros puedan advertir a tiempo baches, curvas o alcantarillas y no pierdan la orientación con respecto al punto de destino... Al fin y al cabo la historia toda de la humanidad, como la vida terrestre del hombre, no es sino un viaje, una peregrinación hacia el Reino de Dios.

Pero no sólo las rutas ofrecen analogías a la meditación histórica. También las formaciones geológicas acumuladas sobre la corteza terrestre son como una parábola de la vida de la humanidad. ¿Acaso en ellas no es el tiempo factor decisivo en el continuo sucederse de unas a otras? ¿Acaso el sedimento acumulado en una edad no constituye la base sobre la que se asienta la siguiente?... Así también sobre los aciertos y los errores del pasado se levantan los errores y los aciertos, a veces con signo contrario, del presente.

Desde la primera prisión de Pedro hasta el bombardeo de Roma, durante los dos mil años casi cumplidos, las alternativas se suceden, se condicionan y se explican. Constantino preanuncia a Teodosio y a Justiniano, poro supone también a Diocleciano. Atrás del regalismo de la Europa moderna está el surgir de los poderes centralizados, y la eclosión de la herejía y las luchas del Papado con el Imperio.

Pues bien: bajo el sincretismo contemporáneo, cubierta por una tenue capa de aparente comprensión y bonhomía, subyace la idea del Estado omnipotente y omnimetido que, a su vez, se asienta sobre la concepción laica de la política originada en el sistema liberal que tantos estragos hizo al valerse del regalismo de los siglos anteriores. Primero la etapa regalista, luego la liberal, enseguida el laicismo, a continuación la política totalitaria y ahora el sincretismo. Cinco momentos de un mismo proceso de rebeldía, cinco recodos de un mismo tramo del camino, cinco capas sucesivas de un mismo corte geológico.

No todas las naciones de la Cristiandad han recorrido la serie en forma homogénea. Algunas las han vivido intensamente; otras se han detenido, ya en ésta, ya en aquélla; unas pocas las han pasado como por el aire, y hasta no faltan las rezagadas que aún andan por las primeras. Más de una vez el paso por una de las etapas ha sido de una virulencia tal que la siguiente ha transcurrido sin hacerse notar, o casi como un alivio. Pero siempre se ha dado el encadenamiento lógico de las cinco, aunque más no fuera en el terreno de los principios.

Hay una evidente diferencia entre el modo de plantearse de los conflictos medievales sobre las investiduras y el modo como se ventilaban los conflictos relativos al gobierno eclesiástico emergentes del vicariato de Indias. No sólo esa fundamental diferencia de modo bastaría para distinguirlos sino que mil otras circunstancias de tiempo y lugar podrían ser alegadas. Y sin embargo hay un doble elemento común que los vincula, ya que unos y otros implican un entrometerse del poder civil en lo que no le compete y suponen al mismo tiempo la aceptación universal e indiscutida de la unidad de la Iglesia.

Tampoco sería posible equiparar el tono sanguinario con que se manifestara el movimiento liberal en Francia ni los criminales atropellos laicistas de España o de Méjico con el campanudo lenguaje libertario de la Asamblea del año XIII, el liberalismo frívolo de Alberdi o los despropósitos laicos de un Roca o de un Wilde. Pero... ¿quién no encontraría las notorias conexiones? El entrometimiento regalista del poder civil, más que un hecho pasa a ser un derecho anexo a la soberanía, que el liberalismo lo agrava al colocar ese poder, no dentro de la Iglesia, sino frente a ella y al hacer de la Fe un problema de la conciencia individual. Y cuando se llega a la etapa laica, cruenta o incruentamente, como al norte de la península de Yucatán o como al sur del Amazonas, a tamaños males, acentuados, se añaden un absoluto desconocimiento de la vigencia jurídica del cristianismo y la inesperada invención de una especie de religiosidad cívica impuesta por los maestros del Estado.

Hablar de totalitarismo se presta a tantos equívocos que hasta resulta desagradable. Al menos en este país, donde ha sido común tildar de totalitarios a quienes más lejos estaban de serlo, mil veces más lejos que los admiradores del sistema liberal y del régimen laico. Porque, fuera de una inexistente teocracia absoluta (¡hasta el Dalai Lama ha perdido el poder!), para ser totalitario el Estado tiene que empezar por ser laico, integralmente laico. Por ello, Rusia, que quemando etapas apuró tres revoluciones en una, es el arquetipo. Y no por ser arquetipo al rojo vivo difiere esencialmente de tantos estados contemporáneos en que fácil es advertir su silueta estilizada... La Iglesia avasallada, el poder civil dueño hasta de las conciencias, el pueblo domesticado y una mística de falsos valores temporales, verdadero opio de la comunidad.

La irreductible realidad de la supervivencia de la Iglesia y aún de las estructuras sociales cristianas es



un hecho que no podría ser desconocido ni aún por el más incrédulo de los mortales. De ahí que el Estado tenga que contar con él y le sea preciso encararlo de acuerdo con las circunstancias de tiempo y lugar. Y así, una vez asentado su poderío, también el Estado totalitario puede darse el lujo de alardear respeto hacia esas formas, ya ancestrales, de vida. Una Iglesia inerme que acepte hasta sus mitos carnavalescos ¿qué mal podría causarle? La pequeña molestia de tolerarla ¿no estaría acaso compensada por su fácil utilización como medio de propaganda?

Rusia, el arquetipo totalitario, se jacta ahora de que las viejas campesinas puedan venerar sus íconos y de que raídos y rotosos popes eleven preces por el tirano. Rusia entra a la etapa sincretista, que quizá en la mente de más de un marxista fanático no sea más que un lejano atisbo de la etapa superior del comunismo anunciada por sus seudoprofetas. Pero Rusia no cede un ápice de su posición laica, ni renuncia a su más insignificante resorte de poder.

Convendría ver en el espejo ruso la política de muchos Estados que se sienten muy seguros de este lado de la "cortina de hierro". Sería una manera de ver al rojo vivo trazos e imágenes poco aparentes, imperceptibles, a veces... Y no sería raro encontrar así la última explicación de ciertos usos que se han ido introduciendo durante los últimos años en el mundo occidental.

Cuando ante un decreto del rey inglés, rey hereje, desde la Esposa inmaculada del Cordero hasta la última concubina de Satanás, han de elevar sus preces en agradecimiento de los bienes recibidos... Cuando la Iglesia y la Sinagoga son invitadas en pie de igualdad a mostrar su lealtad a la bandera norteamericana... Cuando, por ejemplo, un presidente del Uruguay puede mandar a un ministro al Tedéum, a otro a una ceremonia presbiteriana, a un tercero a una reunión masónica y a un cuarto a la Sinagoga, mientras él se entretiene con los espíritus... Cuando todo ello y mucho más puede suceder como la cosa más natural del mundo, es señal, quizá, no de una victoria de la Iglesia, sino de que ya no se la teme.

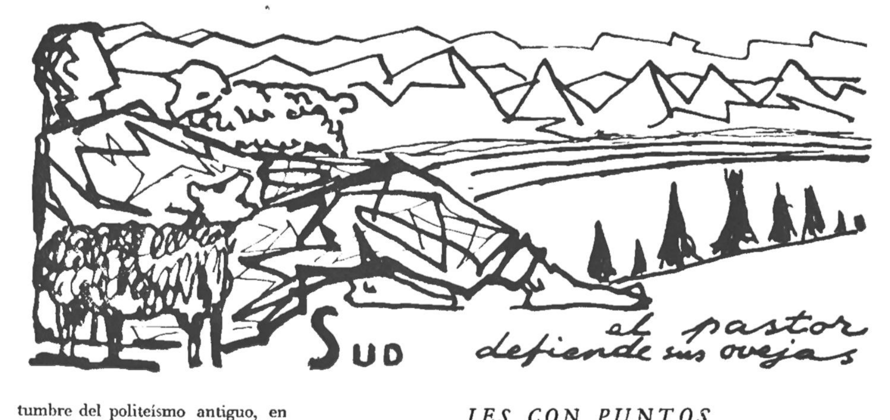
Evidentemente semejante estado de cosas resulta demasiado parecido al imperante en los últimos tiempos de la Roma pagana, anterior al cristianismo, y no deja de recordar aquella generalizada costumbre del politeísmo antiguo, en cuya virtud los dioses de los pueblos vencidos pasaban a integrar la corte del genio tutelar del pueblo vencedor. La única condición que se exigía entonces a los vencidos era el reconocimiento de la supremacía del culto del vencedor. La única condición que ha de exigir el estado sincretista será también la aceptación de sus dogmas laicos y la veneración de sus símbolos.

El Rey Nabucodonosor no envió al horno a los tres jóvenes porque hubiesen venerado a Dios, sino porque no doblaron la rodilla ante su propia estatua. Si nuestros antecesores cristianos hubieran encontrado la forma de conciliar su devoción a Cristo con el culto que Roma les exigía, el mundo se habría ahorrado el escándalo de las fieras del circo y... ¡de los mártires!

Nabucodonosor y Nerón querían para sus súbditos la paz religiosa. Tanto el rey de Babilonia como el emperador romano estaban habituados a la coexistencia de los cultos más diversos, pero esa diversidad habría de integrarse en la común observancia del culto oficial y doblegarse ante su predominio absoluto. Precisamente la proliferación de ídolos y de ritos venía a ser la más notoria expresión de la grandeza imperial, reinante sobre los hombres y sobre los dioses.

Pero el sincretismo es síntoma de decadencia. Al menos siempre se ha dado al final de los ciclos... es decir, de la agonía de las más fuertes realizaciones temporales. Agonías en las cuales se hace patente la caducidad de cuanto hay de transitorio en la vida de la humanidad, y el constante resurgir de los valores eternos.

BOANERGES.



IES CON PUNTOS

EL CAFE DE PUERTO RICO

Una prensa *sens unique* presenta a Norteamérica azorada de su propio poderío y reacia para admitir la responsabilidad de convertirse en patrón o *boss* del Occidente. En esta invención periodística los puros y candorosos Estados Unidos hacen el papel de un chico anómalo que se resistiera a ser dueño del "Meccano", la caja de soldaditos y los autos con cuerda traídos por los Reyes Magos.

Pero el pujo estadounidense por la dominación mundial data, por lo menos, de la época de la guerra contra España. Hay ya, por tanto, dos o tres generaciones creyentes en el "*american century*" y familiarizadas con los argumentos tipo "*Mein Kampf*" expuestos por el Almirante Mahan hace medio siglo. No escapó a los europeos de entonces la virtual amenaza contra el equilibrio internacional que entrañaba la "liberación" de Cuba y Filipinas; y sobre todo de Puerto Rico que era, por cierto, la única colonia del Nuevo Mundo que jamás se rebeló contra la Madre Patria. Porque, claro está, por más artilugios dialécticos que se empleasen era imposible representar a la Reina Regente Doña María Cristina como en nuestros días se representó a Hitler, Mussolini y —desde hace poquísimo— a Stalin.

Jamás habían perdido de vista los yankis el ejemplo de sus primos ingleses; su política continental (en tan marcado contraste con la dejación argentina) está jalonada por ganancias territoriales a costa de Méjico y las compras de la Luisiana, la Florida y la Alaska, además del protectorado sobre Hawaii. En sólo el siglo XIX peleó (fuera de la guerra civil o de secesión) otras siete empresas bélicas de diferente envergadura; contra la Inglaterra (1812-14); contra los berberiscos de Trípoli (1801-1804); contra Méjico (1836, 1846 y 1847); contra el Japón (1854); contra España (1898) y contra los "boxers" de China (1900), sin contar las efectuadas por interpósita persona, como la acción de Walker en Nicaragua. Con ese continuo entrenamiento guerrero; pletóricos de riqueza; pujantes de industria y capaces de improvisar una escuadra (más tarde dos, la del Atlántico y del Pacífico hacia 1906) se pusieron a soñar en la herencia de la reina Victoria, y el citado Mahan sentó la tesis, justicialista pero antijurídica, del mejor derecho del ocupante económicamente eficaz sobre el legítimo dueño.

Mas andando el tiempo los sueños se convirtieron en realidad. El Caribe fué yanqui lo mismo que el Pacífico y su escuadra cinco o seis veces mayor que la británica mientras chinos y europeos recogían del Tío Sam el santo y seña para moverse en las líneas internacionales como si fuesen centro-americanos. Cargados de colonias, de mandatos y de clientela a la romana que halagaba su lógico orgullo por el "*manifest destiny*" disponíanse a los trámites finales posesorios cuando de pronto advierten que es más fácil desarrollar económicamente el valle del Tennessee que las islas de Luzón o de Puerto Rico, y que podría imputárseles a ellos lo mismo que ellos imputaban a la España cincuenta y dos años atrás. Unos balazos casi meten esta sencilla verdad en el cerebro del Presidente Truman, y de no haber mediado unas pistolas baratas cuyos cartuchos no dieron fuego, y la falta de entrenamiento en el tiro de un par de bravos borinquenses, la Casa Blanca tendría un nuevo ocupante en trance de convertirse inesperadamente en hombre genial. Pero si bien las fallas del atentado salvaron a Truman no libraron a los Estados Unidos de un trágico y solemne *rebuke*; una especie de amonestación pública; un "café" en



Washington ante todo el mundo, de boca y manos de la pequeña colonia incorporada por la fuerza a la Unión.

Nada más conmovedor que el arrebato patriótico de los portorriqueños, luchando, contra toda esperanza, con el solo objeto aparente de llamar la atención hacia la causa de su independencia. Pero el episodio, como es lógico, se presta a la contrapropaganda comunista y los sovietófilos reirán porque los satélites de Rusia mueren por ella en Corea y en Indochina, mientras los satélites de los Estados Unidos tratan de que mueran sus amos. Pero que Puerto Rico esté superpoblado y paupérrimo no es consecuencia forzosa de la ocupación norteamericana, ni la independencia anhelada resolvería económicamente nada. Hace medio siglo sus problemas eran más sencillos pues el territorio alimentaba menos de la mitad de gente con menores necesidades. Pero también es cierto que la incorporación al coloso (anótenlo los cipayos impenitentes) no contribuyó en lo más mínimo a solucionar lo que en todas partes (menos, tal vez, en Puerto Rico) se llamaba el atraso español. El hecho ineludible de ser una isla con posibilidades económicas limitadas trajo fatalmente la miseria y el descontento.

Esto pone sobre el tapete la vieja cuestión del dominio sobre nacionalidades extrañas. El imperialismo a la inglesa, de tanto éxito en los siglos XVIII y XIX, a base de contralor a distancia mediante gerentes legalmente superiores y vitalmente extraños a los colonos, parece haber terminado. Habría que buscar otra suerte de colaboración, que no de sujeción, fomentando en vez de sofocar las aspiraciones nacionales, y permitiendo que pueblos afines que han constituído en el pasado una sola nación se reúnan de nuevo para que rindan el máximo, pero de acuerdo con sus instituciones, gustos y sistemas. El *Commonwealth* ha demostrado cohesión solamente en los países con identidad de origen y cultura, pero ha fracasado en la India e Irlanda, por ejemplo. Los rusos prueban que el nacionalismo asiático (mañana quizás el afroamerindio) constituye eficacísimo aliado; y es seguro que si el mundo hispánico fuera hoy una unidad semejante a la británica ni los portorriqueños hubiesen intentado beneficiar al vice-presidente (¿cómo se llama?) de los Estados Unidos ni estos carecerían de una verdadera y segura ayuda nuestra contra los Soviets.

Pero es difícil hacer razonar lúcidamente al que está en plena posesión de la fuerza y con ganas de triunfar solito. Díganlo, si no, Hitler. La *mens sana* nunca se compagina con el *corpore sano* aunque sostengan otro cosa los profesores de gimnasia, ninguno de los cuales, que yo sepa, ha inventado un sistema filosófico ni escrito jamás un tratado de altas matemáticas. Y sin embargo es indispensable que los Estados Unidos encaren con realismo este siglo veinte al que hay, sin duda, que meter en un puño, pero por el ejemplo persuasorio de una idea-fuerza que no por la fuerza bruta del dólar y la atómica. Y la Democracia, con todas sus implicancias supermasónicas del siglo XVIII ya no es una idea-fuerza en ninguna parte.

Mientras confinmos en que Dios es grande y en que la experiencia enseñe, no nos dejemos arrebatar por el heroísmo portorriqueño entre delirios de *hachisch* antiyanqui. Porque otra enseñanza que se desprende de los tiroteos de Washington y Borinquén es la inutilidad del sacrificio. Lo terrible es pensar que Puerto Rico independiente, por el que han dado su vida tantos eximios patriotas, tendría la misma irrealidad que Panamá o el Uruguay, mientras que en cambio cobraría pleno sentido su incorporación a la gran comunidad que fué un día señora del mundo.

Además, en estos momentos, quiéralo o no Albizu Campos, el debilitamiento (aunque sea muy relativo) de lo que debiera ser compacto frente occidental, acrecienta en la misma medida del peligro certísimo e inminente del comunismo conducido por Rusia. La revuelta, seguramente pura en su origen (mientras no nos demuestre lo contrario alguien que no sea periodista panamericano), tiende a llevar agua al molino de ese pueril abstencionismo antialcohólico de los neutralistas a todo trance; cabalmente en la circunstancia histórica en que por primera vez la América Española es solicitada por tirios y troyanos para que intervenga activamente en la gran política mundial. Y sería más trágico que nada imaginable que el día del estreno nos equivocásemos eligiendo como asociado al resentimiento socialista (o comunista, que es lo mismo) y que en nombre de Tupac-Amarú o del anticapitalismo fuésemos contra una civilización que no diferirá mucho, creemos, porque hoy sea su paladín Estados Unidos cuando estuvimos de acuerdo, con razón, en que pudo serlo Alemania.

Los hechos nos arrojan, pese a nuestro provincianismo recalcitrante, a la palestra de los años decisivos. Allí, en la lucha, podrá plasmarse mejor que en cualquier gabinete de intelectuales el entendimiento efectivo hispano-americano; allí, en la prueba, se realzarán las condiciones de los capaces; veremos palpablemente si somos dignos de nuestros mayores o si el *southamericano* sólo sirve para revoluciones incruentas y para enunciar enfáticamente con veinte años de retardo las teorías de izquierda de moda en la Europa; como venimos practicándolo desde 1813. Allí, mezclados con todos los pueblos afines de Occidente; manejando los tanques, los aviones a chorro y los submarinos con *schnorkel* (que aquí nunca podríamos producir de inmediato) las responsabilidades nos obligarán a hacer las cosas seriamente y se nos hará la mano para otras grandes tareas del futuro; y en todo caso, si se desea cambiar la comisión directiva del club, lo primero es hacerse socio.

HERNANDO SUÁREZ SANABRIA.

EL ESTADO FUNCIONARIL

La actual realidad argentina va oponiendo al tóxico ensueño de una gran nación el cuadro desafortunado de un país abrumado espiritual y materialmente. El programa civilizador "a fuerza de libertad y progreso" propugnado por las generaciones del 53 hasta nuestros días se ve desvirtuado por el engendro de una colectividad ociosa, sin fibra humana ni aspiraciones nobles.

Curioso —aunque no inexplicable— resulta advertir el gran salto dialéctico (como dirían los comunistas) pegado por el país de la experiencia liberal, progresista y democrática, a la experiencia colectivista de la que somos actores y espectadores y que, en cuanto tal, conduce a la desjerarquización social, al providencialismo del poder político y a una economía estatizada. Y decimos que aquél salto no es inexplicable desde que ambos regímenes sociales responden a los mismos principios: el naturalismo político, la economía terrestremente utilitaria, la igualdad social absoluta, la religión objetivamente irracionable, el alquímico prurito de la armonía del individuo consigo mismo, con los otros individuos y con la naturaleza, etc., etc., constituyen principios coincidentes del liberalismo y del colectivismo, aunque los instrumentos de su realización difieran radicalmente.

El último desarrollo del liberalismo argentino produjo, ya entrado el siglo, vicios fundamentales en nuestra organización social, que fueron premoniciones de nuestra actual situación. Entre ellos cuenta el funcionarismo burocrático al que fué anejo el profesionalismo. Ambos constituyeron las actividades asumidas, en su mayor parte, por los hijos de la burguesía pudiente que dirigía el país. ¿Cuál fué la causa que indujo a aquéllos al acometimiento de tareas subalternas con respecto a las de sus padres? A mi juicio fué la de que exclusivamente en tales actividades se hizo compatible la prédica teórica del liberalismo con la defensa concreta e inmediata de los intereses particulares de la burguesía sin aparentes riesgos o al menos sin riesgos inmediatos. En efecto; la grandeza nacional verdadera exigía un prudente proteccionismo de las riquezas naturales del país, pero esto resultaba contraproducente con el librecambismo económico que gobernaba a la ideología de entonces. La grandeza nacional exigía, además, un riguroso cuidado de la estructura de las instituciones tradicionales de nuestra sociedad heredadas de España, pero esta estructura repugnaba al programa liberal cuyo espíritu progresista, proclamado por los ideólogos iluminados a la manera de las grandes revoluciones del siglo XVIII, se oponía a la conservación de las tradiciones.

Frente a tales dilemas, la burguesía dirigente del país optó por la ideología y se esclerotizó ante la realidad de la nación. Continuó la prédica del liberalismo en el país, interrumpida durante la dictadura, pero acometió aviesamente la defensa de sus intereses de clase, ya que la opción hacía imposible su función de servidora del bien público. Profirió con toda intensidad el mito de la gran nación bajo el predicado de liberal y progresista. Adscribiéndose a esta ideología, inició como sistema el de las sangrías de sus riquezas en favor del extranjero. Entre otros, los medios que esa burguesía utilizaría en lo sucesivo para sostener la situación inconjugable del ideal de gran país con las exigencias de la realidad fueron el de la apropiación de la administración pública para defender sus intereses y el ejercicio del patrocinio de los intereses foráneos connivientes en nuestra expoliación, desirviendo así al interés nacional. Merced a esta actitud de los dirigentes e intelectuales provenientes de aquella burguesía iluminada se fué consagrando paulatinamente la extinción del espíritu público argentino y desmedrando los derechos y libertades individuales —¡tan caras a su programa!— de los ciudadanos. Aquélla no comprendió —o si lo comprendió acometió la diligencia desaprensivamente— que el compromiso que significaba desenvolverse dentro de la órbita del Estado, configurado en tal forma, conducía inevitablemente no sólo al goce de una soberanía nominal del país sino también, a la larga, al despojo de los medios naturales de los ciudadanos para defenderlo. Además, las falsas jerarquías sociales que provinieron exclusivamente de aquel tremendo compromiso, que encerraba la inconciliabilidad de los intereses privados de cada uno con el interés público, el sometimiento consecuente de las fuerzas sociales para ambicionar un gran destino y la corrupción de los espíritus que estorbaría el discernimiento de los bienes y males de la patria, condujeron invenciblemente al pueblo a vivir *en* mito lo que hasta entonces les había sido enseñado como asequible.

Todos estos y mucha otra suerte de males, vicios y errores, se manejaron desde los recintos públicos y academias. Es cierto que ese *régimen*, a pesar de todo, brindó frutos de progreso material aún hoy día estimables; pero tanto éstos como algunos bienes espirituales no pudieron perdurar.

He ahí la raíz del estado funcionaril que promovió una sociedad sin voluntad y sin inteligencia clara en cuanto al destino nacional; que promovió la receta de que lo esencial es la defensa desaprensiva del interés particular; que persuadió a los ciudadanos que el progreso individual sólo es hallable en el curso de la administración y la magistratura; que disuadió a los mismos de acometer empresas conservadoras y productoras de riquezas nacionales, benéficas, en última instancia, para todos.

Hoy, la exclusiva aspiración de los bienes materiales constituye una realidad, y ella como tal acaba por disminuir el precio de las conciencias más nobles. Cuando esto ocurre se anuncia la entrega de la sociedad impenitente a toda suerte de ensueños; ella no vive sino ficciones cada vez más subalternas que acaricia como fruto de su infortunio.

TOMÁS INFANTE.

DE ESTADOS UNIDOS*

¿Mis impresiones de Yanquilandia? Son generalmente buenas, algunas muy buenas. Los católicos son buenos, en realidad buenos, serios, instruídos y cumplidores (aunque sin gritos ni emociones), especialmente *caritativos* y también *eucarísticos;* no mienten, cumplen la palabra, no olvidan, no cambian pronto, quieren y respetan a los sacerdotes en la conducta y en el hecho, hay vocaciones en abundancia (aun para "exportarlas"), y no es un pueblo infatuado y autosatisfecho, que piensa que no tiene nada que aprender de los demás.

Eso los católicos. Pero hay, naturalmente, paganos (más del 50 por ciento), y 350 sectas protestantes... Sin embargo existe una atmósfera que no es desagradable de libertad (¡verdadera!), de un respeto y casi simpatía hacia la Iglesia Católica y su clero. No tienen, por ejemplo, animosidad hacia la Argentina, quizá un poquito de ignorancia y despreocupación.

Los sacerdotes son un milagro de honradez, de caballerosidad, de puntualidad, de buena conducta. No son, parece, santos heroicos ni hacen esfuerzos exteriores para mostrarse como tales, pero en aquello que es un poco menos que la santidad elevada son, como dije, algo que no he visto hasta ahora. De veras observan el celibato, de veras rezan el breviario y el rosario (¡y con devoción!) y tratan al pueblo de veras como pastores. Pero el sistema se mantiene así o todo se destruirá: las parroquias son pequeñas (ordinariamente de 400 a 500 almas; aquí la mía es de 200, y tengo que fundar una de 100 a 120 almas), pero la vida es tan intensa y la cooperación con el pueblo tan regular y constante, que es necesario hacer todo muy bien y permanentemente bien o todo se va abajo. No es como en otros sitios donde hay veinte, treinta, cincuenta y cien mil almas, y si unos se enojan, bueno, siempre quedan los otros.

Los yanquis no son místicos, pero sí buenos y exactos y muy eficientes.

Es una lástima que no exista intercambio de ideas y experiencias más estrecho entre los países católicos y que hayamos vendido a los comunistas la idea de universalismo. Prácticamente hemos creado, al lado del cisma oficial de Focio, tantos cismas no oficiales cuantas razas hay dentro del catolicismo, siguiendo demasiado muchas estupideces "nacionales" y "patrióticas" —pienso en aquéllas que constituyen los lugares comunes de los políticos y de los antagonismos— y así los católicos, que deberíamos sentir el catolicismo más que todo lo demás, y con catolicismo imponer una fuerza unificatriz de amor y comprensión, prácticamente seguimos a varios idiotas profesionales y nos odiamos unos a otros y "salvamos" la Iglesia tratando de no quedar atrás, repitiendo *slogans* irresponsables y considerando que hemos hecho bien si algún diputado nos sonríe, con olvido de nuestro sublime y responsable oficio de ser maestros y no pequeños satélites de nadie.

Me refiero al hecho, por ejemplo, de la animosidad que existe entre la Argentina y los Estados Unidos. Los católicos argentinos —he observado— piensan, en nombre del patriotismo, que deben gritar indistintamente contra los Estados Unidos ¡y aun contra el catolicismo yanqui! He oído, en la Argentina, injustas afirmaciones de algunos sacerdotes sobre el catolicismo yanqui. Yo pienso, al contrario, que es simplemente un pecado que no existan lazos más estrechos entre el catolicismo yanqui y el catolicismo argentino. Del catolicismo yanqui, créame, es posible aprender mucho. Es grande, grande en realidad, con vida interior y con dinamismo exterior, y con una organización que desearía la imitasen un poquito en todas partes... Yo soy al fin y al cabo extranjero aquí y allá y por doquier, porque no estoy en mi patria, y no tengo razones "patrióticas" para mentir...

* La presente carta es de un sacerdote yugoeslavo, que cumplió importantes misiones al lado de Mons. Stepinac, y que ahora ejerce su ministerio en los Estados Unidos, después de haber estado año y medio entre nosotros.

DECLARACIONES DE FRANCO

El diario Roma, *de Nápoles, ha publicado, bajo titulares a seis columnas, unas declaraciones del Generalísimo Franco, referentes a problemas de la más viva actualidad. Las reproducimos en parte, tomándolas del* Indice Cultural Español, 1.10.50.

El texto de las declaraciones del Jefe del Estado español es el siguiente:

—¿Cuáles cree Su Excelencia que sean la posición y la función de España en el occidente europeo con relación a la ruptura ideológica que ha dividido al mundo en dos bloques antagónicos?

—Frente a las agresiones reales de que el comunismo viene haciendo objeto a las demás naciones a través de las actividades de la Kominform, de los agentes comunistas nacionales vendidos al extranjero y de la persecución y destrucción sistemática en las naciones ocupadas de cuantos valores espirituales, patrióticos o intelectuales pueden ofrecer resistencia a la absorción comunista, respaldada hoy con una política de guerra y armamentos, España coincide con el mundo occidental en el reconocimiento de este peligro y amenaza para la civilización del Occidente y la independencia de las naciones, aunque en el orden ideológico tenga que guardar grandes reservas ante los ideales que en los campos político y social ese mundo occidental quiera representar.

—¿Piensa Su Excelencia que la política inicial del Movimiento español en función anticomunista sea todavía aquella que permitirá a Europa encontrar el término común para un acuerdo de paz y defensa?

—Si la decisión de Europa de defenderse fuese igual a la que tomó España para liberarse del comunismo, podríamos sentirnos tranquilos frente al peligro, ya que no es negocio para ningún agresor el lanzarse sobre naciones decididas a defenderse con entusiasmo, con hombres dispuestos a no ceder jamás y a vender caras sus vidas. Pero bajo el materialismo que viene invadiendo los pueblos, sólo se piensa en la guerra de ventaja, en la aplastante superioridad de efectivos o de material, en las bombas atómicas, en los miles de tanques y de aviones; pero no en tener que ir a vencer a cada ciudadano en la población, el campo o la montaña, y tener que coger su arma por la boca. Con pueblos que así se comportasen no es negocio la lucha.

La acción del Movimiento español frente al comunismo se presenta tan joven y eficaz como en su iniciación. Su eficacia la destaca el comunismo ruso con la atención que nos dedica. Al comunismo idea no puede vencérsele más que oponiéndole otras ideas que ofrezcan las máximas realizaciones en el orden social, hermanadas con el servicio de lo nacional y bajo el imperio de los valores eternos del espíritu.

—¿Existe, según Vuecencia, algún motivo sentimental de carácter nacional en la acción de los comunistas, o, por el contrario, está convencido de que todo está regulado por programa de rebelión constitucional idéntica en todos los países del mundo y trazada por un único cerebro directivo?

—Aunque el comunismo se nos presente sujeto a un programa de rebelión preparado y fomentado desde Moscú con unidad en todos los países, su arraigo es la consecuencia de un largo proceso, consecuencia lógica de la siembra marxista; aceptada la doctrina y la lucha de clases, no existe razón para quedarse en el camino. Su única fuerza descansa en sus enunciados sociales. El mundo quiere caminar por la senda de lo social y discurre por la marxista y comunista cuando se le cierran los otros caminos. El avance del comunismo, pese al fraude inmenso que en el progreso social representa y a la carga de crueldades y esclavitud que lleva a cuestas, demuestra la trascendencia social de la era en que vivimos.

—¿Cuál es, según Vuecencia, la condición indispensable para hacer que el Occidente pueda erguirse contra el Oriente, unido, libre de aquellos prejuicios que la guerra, y, sobre todo, la postguerra, han demostrado ser suficientemente inútiles y dañosos?

—La lealtad, la sinceridad y volver por los valores del espíritu. Cumplir lo que se ha prometido, y que las promesas no pasen a ser bellas palabras que el viento se lleva, como las de la célebre Carta del Atlántico, desmentida por la entrega vergonzosa a Rusia de muchos países europeos; hacer olvidar la posición de vencidos y vencedores, cumpliendo lealmente lo que se prometió a los pueblos si deponían las armas. Arrinconar en los Museos, como cosas de otros tiempos, el espíritu imperialista y de malos vecinos que se trasluce tras la hipocresía de los tratos internacionales, y pensar menos en mercados y en negocios y más en la rehabilitación y en la resolución de los problemas graves que acucian a tantas naciones. Sólo así, y revalorando los principios espirituales, se puede volver a la unidad y a la confianza de los pueblos.

—Dado el actual despliegue de fuerzas, ¿cómo aparecería y cuál sería la posición estratégica de España?

—España, por su constitución geográfica y su ubicación en el extremo sudoeste de Europa, en la conjunción de los más importantes mares y rutas aéreas, constituye el reducto o torre del homenaje del castillo europeo, avalorado por la unidad y la decisión inquebrantable de un pueblo en defensa de su fe, de su libertad y de sus tradiciones.

—¿Cuáles son los pivotes de la política española en el interior y en el exterior?

—Por haberse adelantado algunos años a su época, la política de España en el exterior tiene que ser de espera a que las aguas vengan

PRESENCIA

Aparece el 2º y 4º viernes de cada mes.

Dirección y Administración:

Venezuela 649 — T. E. 30 - Catedral - 2845

Se imprime en casa de
Don Domingo E. Taladriz.
San Juan 3875. Bs. Aires.

Precio del ejemplar	$	1.—
Número atrasado	„	2.—
Colección del año 1949	„	30.—
Colección encuadernada del año 1949	„	40.—
Suscripción anual	„	24.—

a sus naturales cauces. Habiéndose sentido, por primera vez en muchos años, europea, sufrió en su carne la malquerencia y la incomprensión, volviendo entonces su vista a los pueblos que, unidos a ella por vínculos de sangre, de lengua o de fe, y exentos de malicias y ambiciones imperialistas, por su número y sus ideales pueden constituir una tercera fuerza decisiva por su conducta ejemplar en la suerte futura del Universo. Los pueblos árabes, de tradición caballeresca como el nuestro, atraen la simpatía del pueblo español, que convivió con ellos durante tantos siglos, y que cuando Europa se sumía en las tinieblas medievales, florecían en nuestra nación en ciencia y en cultura. Los pueblos de nuestra sangre y de nuestra estirpe, olvidados los reproches de la primera separación, sienten las afinidades con la vieja Patria con el amor de hijos o de hermanos, intensificándose las relaciones culturales y económicas.

Mientras tanto, en el interior arraiga un estado social moderno en que, reforzada la unidad del pueblo español, se hermanan la libertad con la autoridad y el orden, colaborando todos los sectores de nuestro pueblo en la realización de esta política.

—Dadas ciertas manifestaciones políticas internacionales, ¿considera Vuecencia que la democracia es una fórmula o un programa? ¿Es lógico, existiendo el común espíritu anticomunista, y según los conceptos tantas veces expresados por las Naciones Unidas, que subsistan posturas políticas no basadas, por cierto, sobre principios de justicia social y humana, los cuales contribuyen a crear en el mundo países privilegiados y naciones económicamente desheredadas?

—Compleja y difícil es de contestar esta pregunta, pues lo primero que tendríamos que aclarar es lo que se entiende por democracia en cada pueblo, con una interpretación distinta en cada paralelo y meridiano. Si de lo que se trata es de la convivencia entre los pueblos, no cabe amistad ni entendimiento sincero sin tolerancia y mutuo respeto. Ni todas las naciones se encuentran en igual grado de desarrollo material e intelectual, ni es el mismo el carácter e idiosincrasia de los pueblos, ni su fe, su historia o sus tradiciones. Pretender unificar al mundo por lo que un pueblo considera más perfecto es el imperialismo más inaceptable, el de la conciencia. Si un sistema es bueno o es perfecto en sí, ya encierra suficiente fuerza de captación para que otros lo copien o lo imiten. Pretender saber, a miles de millas de distancia, lo que conviene más a otro pueblo es un absurdo. Dice un refrán latino "que más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena".

Existen, por otra parte, unos principios de ética universal inigualados, que son los de la moral católica, los únicos sobre los que se podrá construir un mundo mejor. Cerrar los ojos egoístamente a las necesidades de los desheredados, sean éstos hombres o sean naciones, es cometer una injusticia y sembrar el rencor que periódicamente empujarán a los pueblos a la guerra. La situación de países con potente demografía y limitación de territorio constituye un problema que, si las demás naciones no cuidan de resolver, verán estallar cada veinticinco años.

—¿Considera más peligroso para el mundo el sistema nacionalcomunista de Tito o el imperialismo bolchevique?

—Al lado de la falta de espiritualidad en que viene cayendo el mundo occidental, solamente persiste arraigado el sentido de lo nacional y de la independencia. No en vano llevan las naciones en peligro varios siglos de forja de su nacionalidad. Y así como el imperialismo comunista ruso es rechazado unánimemente por los pueblos, no ocurre lo mismo cuando se disfraza con el espíritu de lo nacional. Frente a la ineficacia de los sistemas viejos, gastados e inoperantes en muchos países en los momentos presentes, el comunismo se ofrece más fuerte y eficaz, y si se bautiza con lo nacional pueden ser muchos los que, por razones de eficacia, caigan en el lazo que el comunismo les tiende, ya que del comunismo no se conocen sus horrores hasta que se viven.

—¿A qué atribuye el hecho de que los Estados Unidos ayuden a Yugoslavia, mientras que a España, nación exquisitamente europea, se la regatea su participación en la organización económica de la O. N. U.?

—No tiene otra explicación que crisis de ética y la falta de lógica que preside la política moderna de muchos Estados. El pueblo americano es un pueblo demasiado sencillo, al que se le engaña fácilmente; y así como se le dijo, primero, y aceptó, que Stalin era casi un santo, el gran aliado, podríamos decir que fué el novio de América, hoy conviene al servicio de la política el presentar a Tito como un valor real ante el aparente repudio de que Rusia le viene haciendo objeto. El que España haya sido injustamente maltratada y olvidadas las promesas solemnes y por escrito que el Presidente Roosevelt me hizo en nombre de la nación americana, no obedece a un sentimiento del pueblo americano, ni siquiera a torpeza de sus gobernantes, sino a la maquinación constante de aquellos europeos que han tenido siempre en su programa el supuesto de una España sin pulso y mediatizada.

El gran pecado de España ha sido no querer odiar a Alemania ni a Italia y haberse mantenido cinco años fuera del odio general. Y hoy se ayuda a Italia y a Alemania y se maltrata a España. Ninguna persona ecuánime podría comprenderlo.

No hay que olvidar que por encima de la política de los pueblos y de la voluntad de las propias naciones perduran voluntades y poderes a que están sometidos muchos gobernantes. El caso actual de la declaración del partido laborista, cuya intención nosotros ya conocíamos, con su sueño de querer unificar Europa bajo un imperialismo socialista con cabeza en Londres, nos parece parejo del comunista de Stalin con cabeza en Moscú.

DIRECTIVAS ADECUADAS

En fecha 7 de mayo de 1950 la Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades dirigió una importante y significativa carta al episcopado del Brasil, en la cual le daba directivas con respecto a la orientación de los estudios. Dada la penetración del "maritainismo" en las esferas cultas del catolicismo de aquella nación, fué señalado en términos inequívocos su peligro, en los párrafos que reproducimos a continuación, y que traducimos de la versión francesa que trae La Pensée Catholique *en su número 15.*

Laicismo. Entre los errores más graves de los tiempos modernos, se ha de contar el laicismo, que tiende a excluir a la Iglesia y a sus más altos representantes de la dirección de la vida pública y social reservada a los laicos. Concebido por los enemigos de la Iglesia, el laicismo ha difundido su espíritu hasta en las filas de los católicos que ven con pena la intervención de la jerarquía eclesiástica en la vida concreta de los pueblos y que limitarían de buen grado la actividad de los sacerdotes a las parroquias y sacristías. Desearían también que la enseñanza evangélica se hiciese por máximas genéricas, sin descender nunca a las aplicaciones específicas prácticas de la verdad cristiana a propósito de problemas tan vivos como los de la familia, de la enseñanza, de la justicia social, de la paz internacional y aún también de la libertad personal del hombre.

Un verdadero cristiano, sin confundir nunca los intereses espirituales con los temporales, sabrá, no obstante, pedir en todas las cuestiones que comprometen la conciencia o que pueden tener alguna relación con el fin último sobrenatural del hombre, el parecer y la ayuda de la Iglesia, bien persuadido de que si la Iglesia le pide dar a Dios lo que es de Dios, ella le enseñará también a dar al César lo que es del César.

De donde surge que grande es el error de los que profesan que la Acción Católica —que aún por su naturaleza está sometida a la jerarquía— debiera substraerse lo más posible al control de la jerarquía.

Liberalismo. Otro error igualmente condenado por la Iglesia y que debe ser evitado por el cristiano es el liberalismo. Este niega que la Iglesia, en razón de su muy noble fin, el más noble de todos, y de su misión divina, goce de la supremacía natural con respecto al Estado. Admite y favorece la separación de los dos poderes. Rehusa a la Iglesia un poder indirecto sobre las materias mixtas. Afirma que el Estado debe mostrarse indiferente en materia religiosa con respecto a todos los fieles; que la misma libertad debe ser concedida a la verdad y al error; que a la Iglesia no le deben ser acordados ni privilegios, ni favores, ni derechos más grandes que los concedidos a las otras confesiones religiosas, y esto, aun en los países católicos; que la Acción Católica no tiene el derecho de intervenir en las cuestiones temporales y civiles, aun cuando éstas tocan a los intereses supremos de la religión y a las finalidades propias de la Iglesia. Ahora bien, no se puede olvidar, hoy como en el pasado, que si se puede usar de tolerancia para con las falsas religiones y las falsas doctrinas, allí donde las circunstancias lo aconsejan, se debe con todo mantener los derechos de la verdad y preservar a los hombres de todos los errores allí donde estas mismas circunstancia no se verifican. El cristiano que se expresa diferentemente traiciona su fe, entrega sus fuerzas al indiferentismo y priva a sus conciudadanos de los beneficios que le ofrecen el culto y el amor de la verdad.

El espíritu de izquierda. Para algunos, en fin, en el dominio social, están lejos de ser suficientes las directivas tan humanas, tan sabiamente favorables a las clases laboriosas, que la Santa Sede ha promulgado, sobre todo desde León XIII hasta Pío XII, y se esfuerzan en virar siempre más a la izquierda, hasta alimentar una verdadera simpatía por el comunismo bolchevista, destructor de la religión y de todo verdadero bien de la persona humana.

SUMARIO

CORREO ARGENTINO
Central
Franqueo Pagado
Concesión N° 4890
Tarifa Reducida
Concesión N° 4096